

PAGINAS DE UN HISTORIADOR

POSITIVISTA



**M. F. MANCEBO ALONSO**

En la última decena del siglo se publica en España un libro que, desde los postulados positivistas, contempla el terreno de la historia: *La enseñanza de la Historia*, de Rafael Altamira. Su primera edición —privada— es de 1891; la segunda —manejada para esta sucinta noticia—, de 1895. En su texto da clara idea de su concepción de la historia nueva, de la historia positivista que defiende.

La historia no es mero conocimiento del pasado. Concibe la ciencia histórica como conocimiento del movimiento de los hechos, como desarrollo, sucesión o evolución en un sentido. Hay que entenderla *genéticamente* en sus causas y motivos del sucederse.

Confía en el progreso indefinido, en la evolución perfecta. La unidad de la historia de tipo sicológico —igualdad constante del sujeto de la historia— o mecánico —repetición uniforme de hechos— se sustituye por la unidad genética o evolutiva. Literalmente: “De aquí resulta la continuidad no interrumpida de desarrollo en el tiempo; y, por tanto, la dependencia en que el momento actual se encuentra respecto de los precedentes, sin cuya herencia y fuerza adquirida no podría explicarse; y, en fin, que toda la historia es una marcha ascendente, continua y acumulada en el desenvolvimiento de las energías y cualidades del sujeto social” (1).

El sujeto de la historia, de esa continua evolución, no es el jefe o el monarca, sino el pueblo, la nación. En la polémica Emerson,

---

(1) R. Altamira, *La enseñanza de la Historia*, 2.<sup>a</sup> ed. Madrid, 1895, pág. 207.

Carlyle contra Taine, sigue la opinión intermedia de Guyau, sin llegar a adherirse a la primacía total del medio en la formación del genio (2).

Es fiel seguidor del organicismo unitario de Spencer y Buckle. "Este sentido orgánico, dentro del cual cada uno de los elementos de la vida adquiere su propio valor y ocupa el sitio que relativamente a los demás y al todo le corresponde, es precisamente el que falta inculcar en los autores modernos, haciendo de él principio fundamental de la metodología histórica. Todo lo que no sea ofrecer al lector (niño o adulto) la impresión clara de la unidad de la vida social está, en rigor, fuera del nuevo concepto de la historia" (3).

Rafael Altamira se enrola en un organicismo evolutivo de un pueblo o una raza. Late en las nuevas ideas: estudio de lo primitivo, método de supervivencias, extensión de la historia más allá de lo político, causalidad o leyes de la historia, etc.

\* \* \*

En el capítulo III de esta obra (4) intenta colocarse en su nivel histórico, entre los cultivadores de la nueva historia. ¿Qué pretende? ¿A quiénes considera compañeros de novedad?

Recorre la historia —desde Herodoto hasta el siglo XIX— observando cómo se corrigen errores y deficiencias. La historiografía antigua y media, incluso los siglos XVI a XVIII, se han limitado a la historia política. Apenas, en los últimos tiempos, se vislumbra una historia extrapolítica y un criticismo exacto: Bayle, Stellini, Voltaire, Robertson y, en España, Campomanes, Sarmiento, Forner y Masdeu.

Cada vez se busca con más ahinco, sigue diciendo, una historia del pueblo —Guizot—; una depuración de fuentes —Ranke, Niebuhr, Müller—; se amplía de lo político a la totalidad de la vida social —Schlosser, Wachsmuth y los españoles Tapia y Gonzalo Morón.

La cima, según Altamira, son Buckle y Macaulay, aunque este último, tras prometer, no cumple su intención.

Los historiadores modernos —continúa—, españoles y extranjeros, sienten las nuevas ideas. Pero, en ocasiones, sólo añaden de pasada

---

(2) Ob. cit., 201.

(3) Ob. cit., 150 s.

(4) Ob. cit., 112-159; el capítulo se titula: "El contenido de la Historia".

apéndices no políticos —Cantú, Weber, Castro, Sales y Ferré, Rubio—. Siguen considerando primordial lo político, siendo el resto comparsa para explicarlo —Ranke, Waitz, Dahn—. Otros suprimen lo externo, adentrándose en la historia interna, de instituciones —Bondois, Helwald, Laurent—. Incluso acuden a las historias de la civilización para lograr interioridad y extensión más allá de la política —Seignobos, Grozals, Rambaud...

Altamira se pierde un tanto entre las diversas direcciones. Pero su intención es clara y decidida. Pertenece a un grupo de historiadores españoles, precoces conocedores del pensamiento positivista y evolucionista, entre quienes se hallan G. Azcárate, J. Costa, M. Sales y Ferré, F. de Castro y A. Posada. Pretende, con ellos, extenderse a todos los aspectos sin limitarse al meramente político; contemplar la historia interna y externa, completándose mutuamente; considerar la civilización como marcha ascendente de todos los pueblos —no sólo europeos— en un desarrollo armónico, de costumbre evolutiva; percibir el movimiento de la sociedad, impulsada por miles de causas —pequeñas y grandes— hacia la perfección.